

Este panorama de sicología adolescente es, sin duda, uno de los tópicos más atrayentes de la obra y aunque el ensayista vea en él una clara resonancia subjetiva, sin embargo está nítida la interpretación acertada de un modo de ser contemporáneo, que en la juventud, principalmente, surge con caracteres más visibles.

Este ensayo del joven escritor chileno testimonia una vez más la labor silenciosa y fecunda del Centro de Literatura Comparada. Se advierte solidez en la información directa, sinceridad en los planteamientos, equilibrio en la interpretación de los hechos y dichos, penetración en la captación de la linfa oculta que circula fecundadora, moderación en la valorización de los personajes, verdad en la plasmación de lo que son en realidad. No cae Morand, como otros ensayistas, en el apasionamiento ditirámico respecto al autor; pero, al mismo tiempo, supo equilibrar los planos, para que la objetividad no secase la fuente de la necesaria afinidad, tan indispensable en trabajos de esta índole.

Estudio, belleza y amor, han dado por resultado este nuevo aporte a nuestra auténtica cultura, que por fin empieza a universalizarse, con estudios serios y atrayentes.

F. D. D.

<https://doi.org/10.29393/At403-17IVFD10017>

*Invención a dos voces*, de ENRIQUE LAFOURCADE. Zig-Zag, 1963

Cada vez que Lafourcade nos entrega un nuevo título, la crítica toma posiciones antagónicas.

Es imposible permanecer impasibles ante obras tan originales y densas, ya que en los personajes, en la técnica utilizada, en los problemas abordados, en la tensión dramática que sabe imprimir a la narración, en la plasmación al rojo vivo de la vida, en la agitada convulsión de los espíritus y de los cuerpos, está la atracción de una inventiva subyugante y la verdad de un mundo paradójico.

Desde *Pena de Muerte* y pasando por *El príncipe y las ovejas*, para llegar a esta última novela, el escritor no ha abandonado una línea persistente de inquietudes profundas y si bien es verdad que la galería de personajes siniestros y aniquilados por dentro, abundan y tornan nauseabunda la atmósfera, no es menos cierto que el novelista ha demostrado, como nadie de su generación, saber penetrar en el laberinto humano, para dejar al descubierto su inconformidad con un modo de ser y pensar que le ofrece rico venero de inspiración.

Algunos críticos le han censurado su tremendismo literario, patentizado en *Invención a dos voces*, en forma original y sin tapujos. Algunos han dicho que esta novela es un aullido, que junto al despliegue imaginativo está un verdadero hospital siquiátrico, que todo es pavoroso y fétido, que jamás deja un respiro y que el lector finaliza extenuado por la vehemencia de las acciones y de las pasiones desatadas.

Lafourcade no es un novelista para espíritus entecos. Desde las primeras páginas advertimos en el escritor la vehemencia de una magia que en no pocas partes se torna diabólica y que por eso mismo es más atrayente. No se trata de la apología del Mal; es más bien la captación directa de los variados matices que el *príncipe* posee y que se mimetiza admirablemente en cada hombre y sus circunstancias. De ahí que la vida auscultada por Lafourcade sea tan tumultuosa, tan densa y tan poco edificante, para quienes la observan desde una torre de marfil. Hay pasajes oscuros, escenas escalofriantes, y personajes siniestros; hay esperanzas destrozadas, ideales esfumados, realidades brutales y dinamismos desencadenados. En suma, un mundo disparado y fiel reflejo de la realidad ambiental.

Lafourcade está en desacuerdo con todo y hasta consigo mismo; es disconformidad esencial, que no admite componendas y que comprende también la estructura misma de la novela.

Veamos el prólogo:

*Método: Esta novela, o "invención a dos voces", puede leerse al modo tradicional, es decir, siguiendo la numeración progresiva de sus páginas. También pueden examinarse las dos líneas de acción —la primera en las páginas impares: 9 a 241; la segunda, en las pares: 10 a 242— como dos tramas diferentes, continuando luego desde la 243 hasta el final en la forma acostumbrada.*

*Es posible leerla de atrás para adelante. El sistema de saltarse páginas —que usan algunos críticos— es igualmente recomendable.*

Pasando por alto el puado lanzado contra "ciertos críticos", es innegable que el escritor eligió un camino, por lo menos incómodo, de lectura y no sabemos por qué prefirió cortar de este modo la narración, obligando así al lector a un esfuerzo mental y emocional excesivamente violento. ¿Por qué "invención a dos voces"?

En verdad, el título musical está en concordancia con el contenido de la acción novelesca: *Moroni*, con su tragedia religiosa, y *Joyce*, la mujer cibernética, ese robot femenino que encandila con su belleza, son dos melodías que se contraponen, que chocan, que se entrelazan en un todo siempre discordante. El nombre está tomado de Bach, pero la intensidad es dodecafónica, y no está presente tampoco la serenidad de águila del "Padre de la Música", pues de pronto la acción adquiere un ritmo vertiginoso, penetrante y demoníaco.

*Invención a dos voces* es obra de imaginación, magia y dinamismo. ¿Nada más?

En verdad, *Joyce*, creación de un viejo científico y de un artista, posee perspectivas más vastas. No creemos que el novelista sea tan ingenuo, que se contente con un juego meramente imaginativo. La estocada va más a fondo y la bella mujer cibernética no es sino un motivo, un recurso novelesco para lanzarse a fondo contra el *cientifismo* y contra una sociedad fríamente establecida sobre la divinización del *homo economicus*.

El poder casi divino del profesor consigue crear este ser maravilloso, fruto del ingenio en combinación con el arte y así como Miguel Ángel se extasió ante su Moisés, así el viejo científico exclama entusiasmado: *¡Perfecta! ¡Perfecta! ¡Camina bien, Joyce!* La maravillosa joven robot, manejada desde un pequeño maletín de cuero, camina, duerme, baila, bebe, fuma, besa, luce suaves movimientos ondulatorios, muslos llenos, senos redondos y erectos. En fin, una creatura sin igual que es capaz de encender la lujuria en Jonathan Murphy III, quien apenas la vio le asignó su cuota de dólares.

Joyce tercia en la vida social, gana concursos de belleza y de pronto frente al éxito pecuniario de los eternos adoradores del becerro de oro, la bella joven falla en sus mecanismos y actúa en la forma más inesperada.

No vamos a seguir detallando los pormenores de esta "invención", que por momentos se torna dramática y penosa. El arte singular de Lafourcade está precisamente en esta sabia disposición de los hechos y de los personajes. Flanagan, repelente por donde se le observe, contrasta violentamente con el profesor, el auténtico padre de Joyce, que ve con amargura cómo su obra maestra es violada por la voracidad de estos seres bajos.

El artista verdadero es aquel que consigue la identificación plena de sus héroes con sus lectores. Pues bien, Lafourcade obtiene que Joyce se adentre en el espíritu y que ese robot conmueva cuando funciona mal algún circuito y hable un lenguaje inconexo, en el que se mezclan sílabas de todas las palabras. Mientras los empresarios metalizados, concedores también del secreto, corren desesperados porque el truco puede ser descubierto, el profesor vive su drama al ver cómo su "hija" es explotada por estos escarabajos.

No es posible quedarse en la periferia de esta obra. Hay que violarla, descubrir la pulpa y detenerse en las profundidades, para captar toda la hondura que posee. De lo contrario, puede ser considerada como una locura imaginativa sin mayor trascendencia, restando a la obra sus reales proyecciones.

La segunda "invención" es de otro orden, y *Moroni*, hermano de Lanzarotte es un ser aquejado espiritualmente, que va tras la quimera de una fundación religiosa. No es la primera vez que el novelista se interna por los laberintos del espíritu. Por el contrario, se complace en las complejidades síquicas y en la temática religiosa, interpretada no desde un punto de vista doctrinal, sino como vivencia, enriquecida con matices curiosos y en algunos aspectos, ensombrecida por un desgarramiento interior, que revela en el novelista algo más que un mero recurso literario. *Moroni*, al igual que el protagonista de *El príncipe y las ovejas*, va tras algo difuso, tras la inquietud que lo quema por dentro, pero indefinible, inalcanzable.

No creemos que sea muy disparatado opinar que Lafourcade en esta segunda invención está preparando el camino para concebir a la larga obras de profundidad metafísica, ya que su *Moroni*, "perseguido por Dios", no es sino una tentativa, que a la postre se transforma en un juicio severo contra ciertas experiencias religiosas, basadas en la inhumanidad de sus actuaciones, en la inquieta búsqueda del dinero.

Por eso no es de extrañar que el mexicano y el negro se encarguen de "recoger" lo que ganen con la carpa y el automóvil con cúpula de cartón dorado, de donde se predicará "la verdad, la palabra del Señor". Creemos, eso sí, que el novelista cargó la mano con exceso en la censura no disimulada de ciertos grupos religiosos, lo que restó fuerza dramática a *Moroni*, en quien por la lógica de circunstancias debió estar centrada toda la tensión de la acción.

Desde un punto de vista estético, Lafourcade nos entregó una obra polifacetal y llena de sorpresas. Demostró el novelista poseer la capacidad suficiente para concebir y plasmar literariamente estados anímicos muy sui generis, que van desde los sueños alucinados de Moroni hasta los arrebatos del científico creador de Joyce. Son extremos, pero al mismo tiempo dan lugar para que se mueva en torno a ellos un mundo múltiple, morboso y convulsionado. Esta multiplicidad no es obstáculo para que Lafourcade dialogue con habilidad y describa con trazos firmes las escenas crudas, que ciertamente abundan en las dos invenciones.

¿Qué hay tras todo este mundo tumultuoso?

Algunos críticos han acusado a Lafourcade demoverse siempre en torno a la *desesperanza*. En verdad, la primera impresión es ésta, pero ahondando más en el tema, meditando sobre el encuentro del viejo profesor y de Moroni al final de la novela (bello y dramático final) vemos que los dos héroes amargados por el fracaso constituyen una lección, un yo acuso lanzado contra el mundo actual saturado de sensualidad y estremecido por la fiebre del dinero, que paraliza y destruye los impulsos creadores en cualquier orden de cosas.

¿Pesimismo o realismo optimista?

Según lo anteriormente dicho, opinamos en sentido favorable, sin desconocer por otro lado que Lafourcade acumula demasiados elementos bulliciosos que impiden oír las voces silenciosas del espíritu, con la nitidez que algunos desearían. El pobre *Moroni*, sobre todo transita por un mundo alocado, en el que la bebida y el sexo ocupan un lugar demasiado destacado.

Tal vez el mismo novelista, haciéndose una autocrítica, haya escrito en su microprólogo que *el sistema de saltarse páginas —que usan algunos críticos— es igualmente recomendable.*

F. D. D.

*Fábulas de Lafourcade*, de ENRIQUE LAFOURCADE. Zig-Zag, 1963

La "fábula" en su concepto descarnado es un venero de trasposiciones idcológicas de variados matices. Significa rumor, hablilla, objeto de murmuración, relato falso, narración basada en la ficción, en la leyenda mitológica, para dejar clavada en el espíritu una enseñanza moral, política o literaria.

De este frondoso ramaje conceptual han nacido los títulos de obras disímiles y a veces antagónicas: *La Fábula*, comedia en tres actos, de Arthur